

No. 13 - Noviembre 1950



REVISTA INFANTIL NACIONAL

VILLANCICO DEL MILAGRERO

Antonio de Zubiaurre

—La cunica del Niño Jesús
se mece ella sola.

—No se mece, la mecen las manos
de Nuestra Señora.

—Los pañales del Niño Jesús
son de fina blonda.

—Son del lino que hilara la rueca
de Nuestra Señora.

—Porque el Niño se quede dormido
arrulla una tórtola.

—No es arrullo, que es cántico dulce
de Nuestra Señora.

Calla, milagrero,
coge la zampoña,
no digas romances,
toca, toca, toca.
¿Quieres más milagro
que Nuestra Señora?



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

Villancico del Milagrero	1
Dormite Niñito	2
En Nazaret	3
Los Primeros Pastores	8
La Iglesia	9
El sueño del Caballito Flip	10
Hablaba así San Francisco inventor del "Portalito"	12
Los Niños Hablan	13
Anunciación	15

Noviembre 1950

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 13

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez

¢ 0.20

DORMITE, NIÑITO

Dórmite, Niñito,
boquita de cielo,
que hace mucho hielo
por todo el país.

Dórmite, Niñito,
sol de la mañana:
te come la rana
si no te dormís.

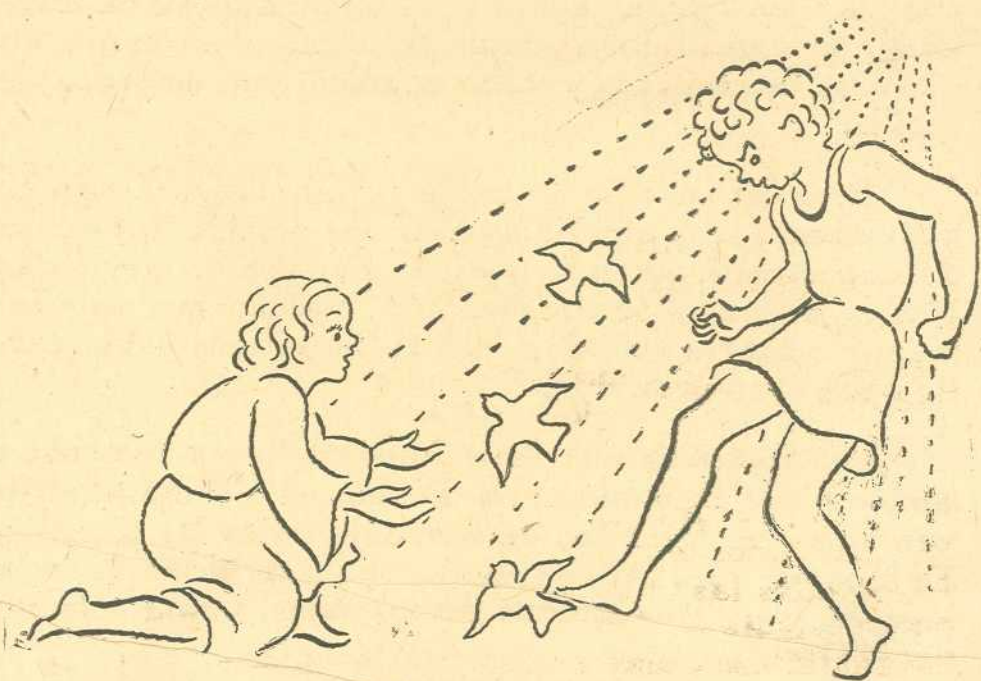
Duerme, las aves
ru-rú te cantan;
ellas levantan
su alegre voz.

Ru-rú repiten;
Niño precioso,
duerme con gozo,
Chiquito Dios.

Cantad muy bajo,
no se despierte;
la voz muy fuerte
lo asustará.

Cantad, que duerme,
cantad quedito;
ved qué bonito
duermiento está.

Villancico Nicaragüense



EN NAZARET

Cuando Jesús tenía cinco años, hallábase una vez sentado en el umbral del taller de su padre, ocupado en hacer figurillas de barro con un trozo de blanda arcilla que le había regalado el cacharrero de enfrente.

Estaba Jesús más satisfecho que nunca, pues todos los niños del barrio le habían contado que el cacharrero era un hombre brusco que no se dejaba conquistar ni con miradas suplicantes, ni con melosas zalame-rías, por cuyo motivo no había osado manifestarle un solo ruego. Pero, ved, ¡apenas si sabía él mismo cómo había sucedido aquello! El caso es que hallándose en la puerta de su casa mirando con ojos anhelantes cómo trabajaba sus moldes, el vecino salió de su taller y le regaló tanta arcilla, que bastaba para hacer con ella una gran jarra de las que se emplean para el envase del vino.

Junto a la escalera de la casa próxima estaba sentado Judas, un muchacho feo y pelirrojo, con la cara llena de manchas blanquecinas y los vestidos llenos de desgarrones que se había hecho en sus continuas peleas

con los chicos de la calle. Por el momento estaba tranquilo; no importunaba a nadie ni se peleaba con ningún chico, y, como Jesús, estaba ocupado con un trozo de arcilla.

Pero esta arcilla no había podido procurársela él, pues apenas si se atrevía a pasar por delante de la casa del cacharrero, quien se quejaba siempre de que Judas tiraba piedras a su quebradiza mercancía y seguramente le habría echado a palos; pero Jesús había partido con él su provisión.

Las figurillas que iban modelando las colocaban ambos niños en torno suyo. Tenían el mismo aspecto que todas las figurillas de barro de todos los tiempos. En lugar de pies tenían una gran bola de barro, y, en la espalda, unas alas apenas perceptibles, y una cola insignificante.

Pero, de todos modos, observábase enseguida una diferencia en el trabajo de los dos compañeros.

Los pájaros de Judas eran tan desequilibrados que no lograban mantenerse en pie, y por más esfuerzos que hacía con sus menudos y duros dedos, no lograba dar a sus cuerpos una forma bella y presentable. A veces miraba a hurtadillas hacia Jesús para ver cómo hacía sus pájaros, tan regulares y lisos como las hojas de las encinas de los bosques del Monte Tabor.

A medida que terminaba sus pajarillos, Jesús iba alegrándose más y más. Cada uno le parecía más bonito que el otro y los contemplaba lleno de orgullo y amor. Serían sus compañeros de juego, sus pequeños hermanitos, y debían dormir en su camita, hacerle compañía, cantarle su cariño en ausencia de su madre.

Jamás se había creído tan rico; nunca volvería a sentirse solo y abandonado.

Un corpulento aguador pasó por delante, inclinado bajo el peso de su pesada cuba, y tras él siguió un vendedor de legumbres, balanceándose sobre el lomo

de su asno, entre dos grandes cestas de sauce, vacías ya. El aguador puso su mano sobre la cabeza de dorados rizos de Jesús, y le preguntó por sus pájaros. Jesús le contó que tenían nombre y que podían cantar. Todos sus pajarillos habían venido volando hacia él desde lejanos países y le contaban infinitas cosas de las que sólo ellos y él sabían algo. Y Jesús hablaba de tal manera que el aguador y el verdulero olvidaron su trabajo, durante un largo rato, para escucharle.

Mas cuando iban a marcharse, Jesús les señaló a Judas: —¡Mirad qué pájaros más bonitos hace Judas!

Entonces el verdulero detuvo bondadosamente su asno, y preguntó a Judas si sus pájaros tenían también nombre y podían cantar.

Pero Judas, no sabiendo que contestar, calló obstinadamente y no levantó la mirada de su trabajo, de modo que el verdulero le aplastó, disgustado, uno de los pájaros, y siguió su camino.

Y así pasó la tarde. El sol se hallaba en su ocaso y su brillo penetraba por la baja puerta de la ciudad, que se hallaba adornada con una águila romana y que se levantaba al final de la calleja. Este resplandor que llegaba con el crepúsculo, era de un color rosa vivo; y como si estuviera mezclado con sangre, bañaba en su color todo lo que se ponía en su camino, al atravesar la estrecha callejuela. Lo mismo bañaba los platos y jarros del cacharrero, que la tabla que chirriaba bajo los dientes de la sierra de José o el blanco velo que cubría el rostro de María.

Pero donde más bellamente fulguraba el sol era en los pequeños charcos que se habían formado entre los desiguales adoquines del empedrado de la calle. Y, de repente, metió Jesús su manita en el charco que tenía más próximo. Se le había ocurrido pintar sus pajarillos grises con el fulgurante resplandor solar que había revestido de tan bellos matices el agua, los muros de las casas y todo cuanto alcanzaban sus rayos.

Y el brillo del sol tuvo gran placer en dejarse extraer como pintura de un cubo, y cuando Jesús revistió

con ella sus pajarillos de barro, quedaron estos envueltos de pies a cabeza con un brillo diamantino.

Judas, que de vez en cuando lanzaba una mirada a Jesús para ver si éste hacía más bellos pájaros y en mayor cantidad que él mismo, lanzó un grito de admiración al ver que Jesús revestía sus pajarillos con el brillo solar que tomaba de los charcos de la calleja.

Y también Judas sumergió su menuda mano en la fulgurante agua, intentando extraer igualmente el brillo del sol.

Pero el dorado resplandor no se dejó coger por él. Se le escapaba entre los dedos y por más que movía sus manos para cazarle no le era posible retener ni una pizca de resplandor para sus pobres pajarillos.

—Espera, Judas!—exclamó Jesús—. Ahora voy a pintarte los pájaros.

—No—dijo Judas—, no quiero que los toques, están bien así.

Levantóse, frunció las cejas y se mordió los labios. Entonces fué colocando su ancho pie sobre los pájaros y los pisoteó uno tras otro, convirtiéndolos en un informe montón de barro.

Cuando hubo destruido así todos sus pájaros, se acercó a Jesús, que acariciaba a los suyos, resplandecientes como joyas.

Judas los contempló silencioso durante un rato, después alzó un pie y aplastó uno de ellos.

Cuando Judas retiró el pie y vió el menudo pajarillo transformado en un bulto grisáceo de barro, sintió tal alivio que empezó a reír y levantó el pie para aplastar otro.

—¡Judas!—exclamó Jesús—. ¿Qué estás haciendo? ¿No sabes que viven y pueden cantar?

Pero Judas rióse, y aplastó otro pajarillo.

Jesús buscó auxilio en torno suyo. Judas era más corpulento y fuerte y Jesús no tenía fuerza para retenerle. Miró hacia su madre, pero ésta se hallaba bastante alejada y antes de que hubiera tenido tiempo de lle-

gar, Judas habría conseguido aplastar todos sus pajarillos.

Los ojos de Jesús se llenaron de lágrimas. Ya había destruído Judas cuatro de sus pájaros y no le quedaban más que tres.

Y le apenó ver que sus pájaros siguieron allí tan tranquilos y se dejaron aplastar sin huir del peligro.

Jesús palmoteó sus manitas para despertarlos, y les gritó:

—¡Volad, volad!

Entonces los tres pajarillos empezaron a agitar sus alitas y temerosos volaron hacia el alero del tejado.

Cuando Judas vió que los pajarillos agitaron las alas y volaron al conjuro de Jesús, se puso a llorar amargamente.

Se mesó los cabellos como había visto hacer a las personas mayores dominadas por la desesperación, y se echó a los pies de Jesús.

Y Judas permaneció ante Jesús revolcándose en el polvo como un perro, besándole los pies y conjurándole para que levantara el pie y le aplastara como él había hecho con sus pajarillos de barro, pues Judas amaba a Jesús; le admiraba y le odiaba al mismo tiempo.

María, que había observado el juego de los niños, levantó a Judas del suelo y le acarició.

—¡Pobre niño!—le dijo—. Tú no sabes que has intentado hacer algo que no puede realizar ninguna criatura viviente. Que no se te vuelva a ocurrir lo mismo si no quieres ser el más desgraciado de los hombres.

¡Qué suerte correría aquel de entre nosotros que osara rivalizar con el que puede pintar con brillo de sol y vivificar el muerto barro con el hálito de la vida!

Selma Lagerlof.

LOS PRIMEROS PASTORES

QUIQUIRIQUI

—Cristo nació.

—¿En dónde?

—En Belén.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo que lo sé.

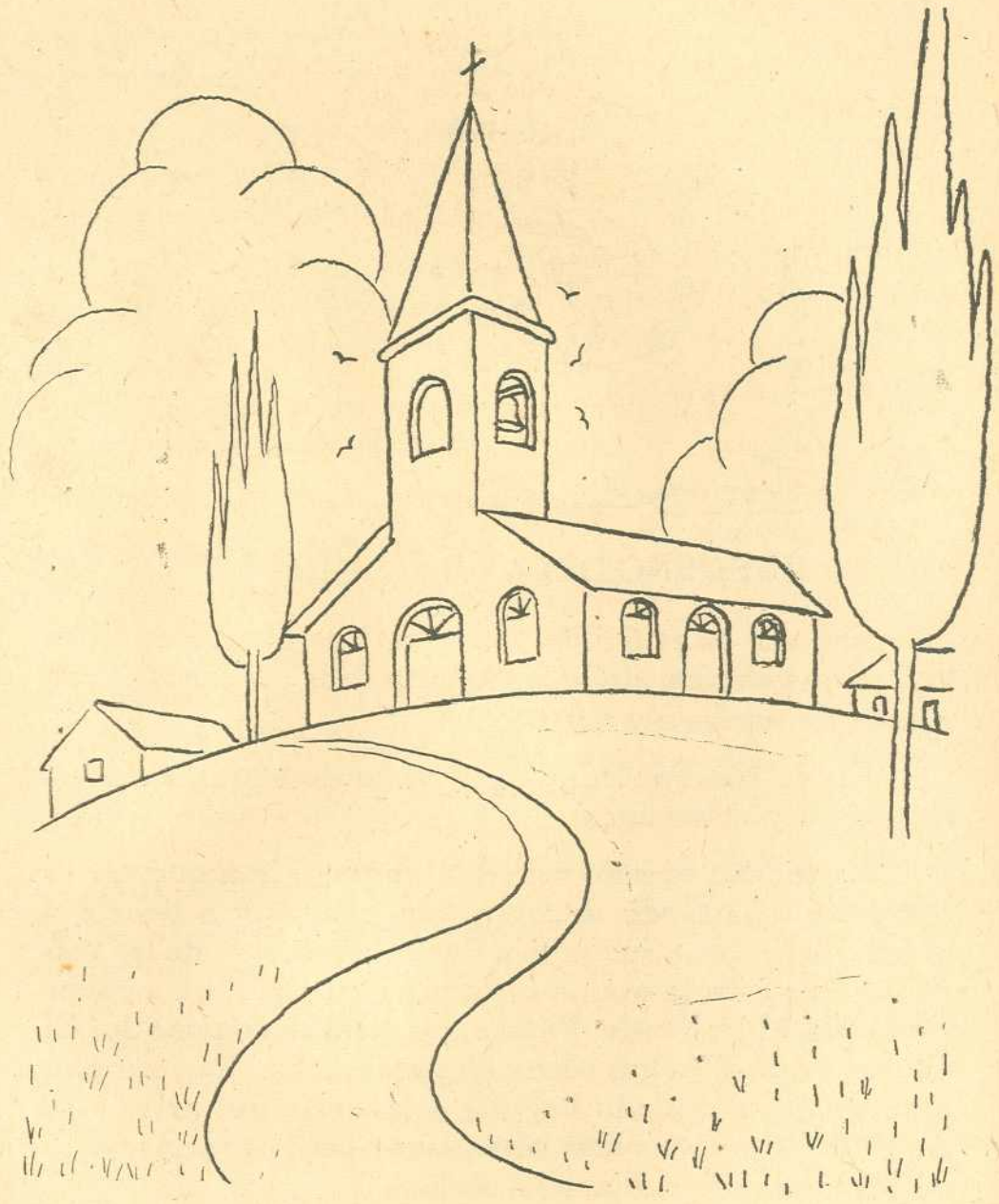
Oye y verás,

tal como fué.

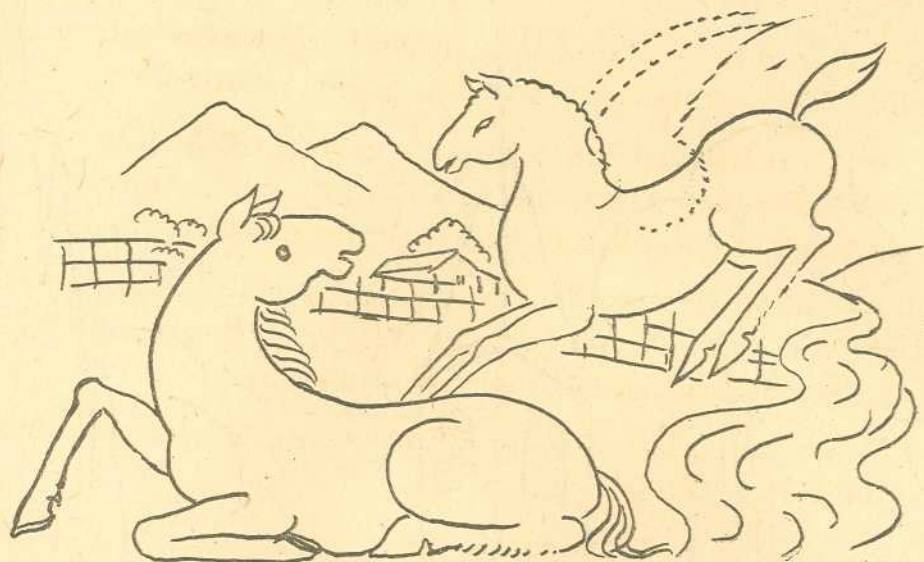
Yo no lo digo;

lo dicen cien.

Los ángeles por los aires
vinieron con resplandores,
cantando divinas letras
y avisando a los pastores.
Con suaves consonancias
alegrando van la sierra:
“¡Gloria a Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra!”
Cuando oyeron los pastores
lo que los ángeles cantan,
unos brincan de contento
y otros de miedo se espantan.
Todos fueron a Belén
con regocijos y fiestas,
y así que vieron al Niño,
tocaron las castañuelas.
Sonando trompas y cajas
dentro del portal entraron
y dejaron sus presentes
cuando a Jesús adoraron.
El Niño Dios les bendijo,
y agradeció las finezas;
ellos le besan los pies
con amores y ternezas.



IGLESIA RURAL



EL SUEÑO DEL CABALLITO FLIP

Flip era un potrillito. Nació en una chacra en Kentucky que estaba dividida en cuadros separados con cercas de madera y árboles.

En la chacra había un arroyo de aguas frescas, brillantes y cristalinas.

La madre enseñó a Flip a caminar y a correr. El aprendió más tarde, a corcovear, cocear y a tirarle y morderle la cola a su madre. Para defenderse de las travesuras de Flip, la mamá saltaba el arroyo e iba a pacer tranquila al otro lado. Flip se quedaba lloriqueando. El quería saltarlo como su madre pero no podía; tomaba impulso, pero cuando llegaba a la orilla del arroyo se detenía. Algunas veces al saltarlo caía en el agua, y no lograba llegar a la otra orilla.

Un día probó varias veces, pero todo fué inútil, no pudo saltarlo. Cansado de probar se durmió.

Soñó

Sintió un peso en los hombros; volvió a ver para

atrás y tenía un par de alas; se paró muy asustado. Le temblaban las piernas y se puso erizo, pero voló.

Fué un triunfo, no dejó de volar, saltaba las cercas pero deseaba algo; que los amigos de la chacra lo vieran volar como ningún otro caballo lo había hecho.

Se encontró con el caballito de la veleta y le tuvo lástima porque no podía volar como él, lo que podía hacer era sólo dar vueltas y más vueltas.

De pronto el chanchito Chanchinez lo vió volar y se le paró el rabito de punta.

La gallina Cocleadora lo vió, y creyó que era el fin del mundo, y corrió con sus pollitos a esconderse detrás de las plantas de girasol, pero sin quitar la vista del cielo.

Micifuz, para verlo mejor se trepó sobre el lomo del cabrito Billy; el cabrito se asustó y corrió rompiendo la cerca y quedándose prensado en ella, mientras Micifuz daba vueltas por el aire.

Un tábano que andaba alrededor de Flip tenía ganas de picarlo. Flip lo quiso atrapar, y al moverse, despertó.

¡Qué sorpresa! Se encontró junto al arroyo que antes había querido saltar y se dijo:

—Ahora lo saltaré porque tengo alas!, y corrió, y lo saltó.

Volvió a ver para atrás y vió que no tenía alas.

—¡Dios Bendito!, si lo he saltado sin alas.

Hablaba así San Francisco inventor del "Portalito"



—Hermana mula, mulita,
lleva la Virgen María,
que de ella ha de nacer
el que anuncian profecías:
el dulce Niño Jesús,
flor de la pura alegría.



Buey y mula, hermanas bestias,
dadle calor, dadle aliento
al que nace en don y dádiva
del Padre que está en los cielos,
al que nace para ser
verdad, y luz, y sendero.



Y vosotros, hermanitos,
ovejas y corderillos,
dad vuestros vellones suaves
al dulce recién nacido,
y arrulle su quieto sueño
música de balidos.



Y humildes vienen los Reyes,
los devotos Reyes Magos,
con el hermano camello
o el hermano dromedario...
¡Que en el Reino del Pesebre
hombre y bestia son hermanos!

Juan Manuel Sánchez

ADIVINANZAS

De bronce el tallo,
las hojas de esmeralda,
de oro el fruto,
las flores de plata.

Juntos dos en un borrico,
los dos andan a la par,
uno anda doce leguas,
y el otro una no más.

Soluciones a las adivinanzas del — N^o 12 —

1.—El Granado. 2.—Avellana.

EN PINTURAS Y ESMALTES
LA CALIDAD EN LA MEZCLA



es una pintura disuelta en
ACEITE PURO DE LINAZA

"y ésta, es su mejor garantía"

LAS PINTURAS "DURAKOTE" SON LAVABLES!

ALMACEN GAMBOA

Distribuidores Exclusivos

TELEFONO 4003

APARTADO 2286

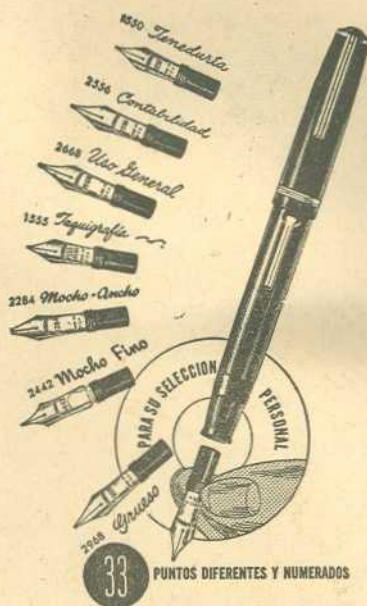
OFRECEMOS

surtido completo
en colores

En pinturas
15 colores base.

En esmaltes
18 colores base.

En esmaltes
Para pisos de madera
y concreto
6 colores base.



Esterbrook
PLUMA FUENTES CON PUNTOS DE REPUESTO

EL INDITO

Allá en el verde prado mi cabaña está; en ella habitan papá y mamá. Mamá junto a su piedra muele maíz, papá con su hacha de pedernal corta la leña que trae del bosque.

En el rincón del tabique colgado está el molinillo, el guacal, la jícara dónde se reparte chicha, el arco y la flecha de papá.

Yo soy el indito de aquella cabaña, que al oír el ruido extraño de unos talones, corro a mis rincones con tanto miedo, porque me parecen que son aquellos bárbaros españoles que mataron a mis abuelos.

María de los Angeles Sequeira Castillo
IV Grado — Escuela Antonio Maceo

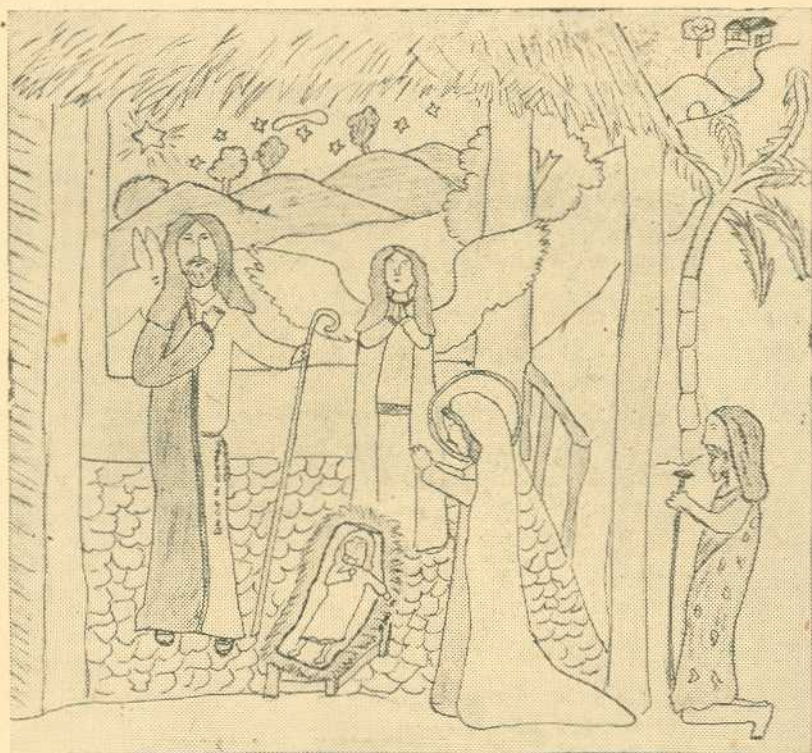
LOS ANGELITOS

En una mañana
del mes de Diciembre
vi que por el aire
iban unas palomitas
blancas como la nieve.

Cuando me acerqué
a ellas, vi que no
eran palomitas,
sino angelitos que
volaban por el cielo azul.

Angelitos blancos
como porcelana,
prestadme tus alas,
volaré mañana
sobre el firmamento.

Ana Isabel Vallejos Fuentes
IV Grado. — Heredia.



EL NACIMIENTO DEL NIÑO JESUS

Bajo la pálida noche caminaban,
dirigiéndose a Belén José y María,
y después de largas caminatas,
cansados llegan a Belén.

Como estaba avanzada ya la noche,
piden albergue en todas partes,
mas las gentes al verlos tan humildes
no quieren admitirlos en sus casas.

Vagan por las calles de Belén,
sin que ninguno los ampare,
y viendo un rústico establo
con paso lento y tembloroso se acercan.
Han entrado. José y María se arrodillan.
Las horas pasaron tan ligeras como el viento
y a las doce de la noche en el pesebre
nace el Niño Jesús.

Una estrella anuncia el nacimiento,
mientras en los prados, humildes pastores
han visto un ángel que les dice
que ha nacido el Salvador.

Corren hacia Belén, llegan al establo
y ven el niño bello que el ángel les había anunciado.
María lo envuelve en pañales,
y lo acaricia con una tierna sonrisa.



ANUNCIACION

Juan Ramón Jiménez

¡Trasunto de cristal,
 bello como un esmalte de ataujía!
 Desde la galería
 esbelta, se veía
 el jardín. Y María,
 virgen, tímida, plena
 de gracia, igual que una azucena;
 se doblaba al anuncio celestial.
 Un vivo, pajarillo
 volaba en una rosa.
 El alba era primorosa.
 Y, cual la luna matinal,
 se perdía en el sol nuevo y sencillo,
 el ala de Gabriel, blanco y triunfal.
 ¡Memoria de cristal!